

La solidaridad

Pbro. Silvio Marinelli Zucalli

En los últimos números de la Revista, hemos reflexionado sobre los aspectos fundamentales de la vida eclesial: el anuncio, la celebración y la fraternidad. Terminamos esta presentación con una reflexión sobre el tema de la solidaridad.

Del anuncio y la celebración, brotan la fraternidad y la solidaridad, entendida como servicio al prójimo.

A través de la solidaridad la Iglesia, se hace, en el mundo de hoy y en los diversos contextos en los que vive y actúa, anuncio creíble y fermento de un mundo nuevo prometido por Dios e inaugurado en la Pascua de Cristo, en el cual, el amor, la fraternidad, la justicia y la paz habrán vencido definitiva y totalmente sobre las divisiones, la violencia, las diversas formas de explotación, injusticia y egoísmo.

La solidaridad cristiana

Estamos hablando de una solidaridad que dimana de la fe cristiana y que tiene algunas características:

- Se funda en el mandamiento nuevo dado por el Señor: “Ámense como yo los he amado”;
- Jesús es modelo permanente del servicio de la caridad-solidaridad: “Si Yo, el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavárselos los unos a los otros”;
- La solidaridad no puede ser un acto aislado, sino la expresión de toda una vida entregada a los demás;
- La solidaridad hacia el hombre mide el amor hacia Dios, lo hace verdadero;
- No es una tarea que la comunidad eclesial pueda delegar a alguna agencia (por ejemplo Cáritas), a institutos o a grupos de voluntariado;
- La solidaridad atañe tanto a las relaciones externas como también a las internas (organización, coparticipación de los bienes, atención a los miembros más necesitados de la comunidad);
- La Iglesia no tiene un proyecto político propio, todavía no puede eximirse o substraerse de intervenir en los debates y en las elecciones de tipo económico, social y político, llevándoles la luz del Evangelio, porque afectan a la gente;
- La solidaridad se debe manifestar prioritariamente con los más débiles social y económicamente.

A lo largo de la historia

Desde el principio de su historia, la Iglesia ha ejercitado formas de solidaridad y de servicio: compartir los bienes, colectas de solidaridad, limosnas, caridad individual, obras de misericordia corporales y espirituales, formas de beneficencia y de asistencia, instituciones y obras de promoción social, de educación y de alfabetización. Podríamos afirmar que, en el sector de la solidaridad, la comunidad eclesial ha escrito una de las páginas (¡muchos libros!) más bellas de toda su historia.

La atención se está dirigiendo, justamente, cada vez más hacia formas que miran a remover las causas de las situaciones de malestar, de corresponsabilización de los beneficiados, de intervención en la elección de política social. Esto no significa que sean superadas las intervenciones que miran a aliviar situaciones de malestar o a taponar situaciones de emergencia. Existe la exigencia de operar en ambos niveles de intervención.

Solidaridad y evangelización

La solidaridad es también el camino privilegiado para la evangelización. La nueva evangelización consiste en el acompañar a quien viene tocado del testimonio del amor, a recorrer el itinerario que conduce del asombro por la solidaridad a la confesión explícita de la fe y a la pertenencia plena a la comunidad.

El Papa Pablo VI, ya en el 1975, en la Encíclica *Evangelii Nuntiandi*, ilustraba las relaciones existentes entre evangelización y promoción humana (EN 31): *“Entre evangelización y promoción humana – desarrollo, liberación – existen efectivamente lazos muy fuertes. Vínculos de orden antropológico, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos. Lazos de orden teológico, ya que no se puede dissociar el plan de la creación del plan de la Redención que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a la que hay que combatir y de justicia que hay que restaurar. Vínculos de orden eminentemente evangélico como es el de la caridad: en efecto, ¿Cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre?”*

En el mundo de la salud

Tradicionalmente, el mundo de la salud ha sido uno de los campos privilegiados de manifestación de la solidaridad cristiana.

El visitar a los enfermos permanece como uno de los pilares y gestos más significativos de solidaridad. La visita fraterna no sólo despierta y refuerza en el enfermo el sentido de pertenencia a un grupo, sino también le da la certeza de ser considerado como miembro activo de la comunidad, lo saca del aislamiento, refuerza la unión entre familia y comunidad, permite la detección de necesidades materiales y su satisfacción.

La humanización de los centros para la salud

La denuncia de una degradación de la humanidad en el mundo de la salud reúne consensos generales y expresa un malestar por parte de los pacientes y de los mismos trabajadores de la salud. Las causas de este fenómeno pueden ser múltiples: intereses políticos y económicos, excesiva burocracia del sistema asistencial, inadecuada eficiencia administrativa, conflictos contractuales, el deterioro de la escala de valores que rinde más difícil la consideración del enfermo como persona, etcétera.

Del análisis de toda la realidad hospitalaria, emergen las necesidades y carencias, los fenómenos de deshumanización se evidencian. Entre las iniciativas de humanización, se pueden señalar: promoción del respeto de los valores fundamentales, defensa de los derechos del enfermo, también con la institución de Comités Éticos u organismos de tutela de los derechos del enfermo, la valoración de las asociaciones profesionales, la formación de grupos de voluntarios, la predisposición de iniciativas formativas (cursos, jornadas, encuentros de formación ético – profesional), el compromiso de asociaciones de enfermos y el respaldo a familias en dificultad, etc. Se trata de favorecer o activar todas las energías para promover una mayor humanización de los ambientes para la salud, convencidos que cada gesto y proyecto que promuevan la mejora de la situación del hombre es, por su naturaleza, un gesto de evangelización.

El consuelo

Especialmente, en el ambiente hospitalario, resulta casi normal que el enfermo o sus familiares esperen palabras “de consuelo”. La situación de enfermedad genera a menudo depresión, dudas, incertidumbre, miedo.

Confortar y consolar pueden ser entendidos en dos modalidades distintas. Si el consuelo viene entendido como un conjunto de palabras que, casi mágicamente, producen un beneficio, es evidente el límite de esta posición: los problemas quedan sin resolver y las personas no se han ni emotiva ni espiritualmente acercado. Si, de otra manera, el consuelo procede de un real acercamiento de los dos interlocutores y de un sincero interés y amistad, el papel del confortador aparece en una luz positiva.